

SOBRE EL TIEMPO DEL OLVIDO

Por Eduardo Forastieri Braschi

*En el 1922 se publicó en Madrid un diálogo de muertos al estilo antiguo de Luciano de Samosata en el que continuaba otra conversación mucho más antigua: el **Cratilo de Platón**.¹ Con este título se pergeñaba el nombre de quien había sido el continuador del pensamiento lingüístico de Heráclito de Éfeso, del que Cratilo se hizo cargo en la otra conversación más reciente en la sierra de Luquillo, en una terraza de las laderas del Yunque: en 1981, en Puerto Rico.*

En muy pocas ocasiones me aburrieron aquellos fantasmas.² Cuando las hubo, la hipóstasis de otras apariciones suspendieron aquel tiempo en otros signos de alquimia y de misterio. Tampoco me arrepiento por los excesos de anfitrión: del simposio a toda hora, de las bandejas de fruta, de los paseos de madrugada por el monte. Sólo lamento haber dañado sus momentos más espontáneos con una erudición postiza que ellos no necesitaron, y en la que me entretuve inútilmente durante diez años.

Transcribo ahora en otra terraza, entre Guaynabo y Bayamón, cerca del río, aunque no logro ver el mar. En este verano sólo me alientan a hacerlo las golondrinas que llegaron hace poco con los sobrevientos alisios desde los pinos de la cuesta.

CRATILO: Podría seguir callado indefinidamente. Siglos más, siglos menos ¿qué importa? Tan esplendoroso como el olvido es el cielo azul de esta mañana que, tarde o temprano, aplazará irrevocablemente esta secuencia inconsecuente y retardada.

REFERENTE: ¿Retrasada?

1. Eduardo Forastieri Braschi, *Sobre el tiempo de los signos*, Madrid, Orígenes, 1992.

2. Concurrieron, entre otros, Ferdinand de Saussure, Edmund Husserl y Charles S. Peirce.

CRATILO: No. Retardada de "por la tarde" y de que "se hace tarde", y así suena más lindo y así me antojo, y así se queda y, como en la otra conversación de hace veinte años: me voy cuando aún no llego. ¿Y qué importa cuándo, si hasta mi regreso sería irreversible, y hasta el eterno retorno de lo mismo es el desvío eterno de una digresión? No es eterno el regreso, sino el despiste. Hasta para alcanzarnos de cerca tenemos que atropellar la tortuga que Aquiles cuidó muy bien de no pisar dentro y fuera de las prisas denumerables de la transfinitud. Este tropiezo sólo acontece en las magnitudes de esta dimensión de límites: no se comprende que lo efímero es el único ingreso posible hacia la asimetría y hacia la continua transitividad anisotrópica de toda experiencia vivida. Portal del olvido, sin anamnesis ni restitución de recuerdo alguno, este parpadeo del instante ya pauta la gloria venidera de la ilimitación. Cada momento interrumpido por el pensamiento —hasta el pensamiento denumerable en infinitos pensamientos posibles, como intuyeron Dedekind y Peirce— irrumpe en otro instante del que apenas da cuenta inconmensurable el cálculo entre los números reales y los números imaginarios.

REFERENTE: Si los instantes, tarde o temprano, dan lo mismo ¿por qué te empeñas con lo de tarde?

CRATILO: Porque esta mañana será tu atardecer sobre esos mogotes calcáreos que también he visto en Trieste. Tarde o temprano, el paisaje de esta tarde interpretará tus recuerdos como un diorama para tu registro venidero de olvidos.

REFERENTE: Quedan aquellos relieves carcomidos de gente que se encienden de luces al oscurecer con una hermosura diferente.

CRATILO: Desde Cataño al Adriático ¿qué importa el lugar o el tiempo? Hace siglos que pienso en escalas de dislocación, y la abscisa de la continuidad del espacio-tiempo es mi única imagen perdurable para tanta acumulación hermosa de fugacidades. Tantas, que se amontonan. El olvido es una metonimia para la acumulación de lo fugaz por la que ya uno se da por vencido: porque llegará un momento en el que tanta instancia acompañará a sólo un viento estos golpes frescos del follaje con el estruendo de los camiones que socavan, como hormigas

bravas, esas moles milenarias de carso. Podría callar absolutamente.

REFERENTE: No, por favor. Hace veinte años que te esfumaste en las neblinas del Yunque y en mis relojes. Algo podré derivar todavía de esa ecuación irreversible sobre la poesía y el silencio.

CRATILO: Que la poesía viene sin eco desde el olvido; desde un tiempo tanto más transparente cuanto más inversa sea la proporción que intenta alcanzarlo, como en las radicales matemáticas de Minkowski. Viene desde el futuro, que es la verdadera dimensión del olvido, porque no tiene archivos ni registros para la memoria, como el pasado. Pura sorpresa es lo que llega desde la desesperanza. La gracia más pura es la que llega desconocida. Como la generosidad que desconoce su origen y niega su nombre. Pura novedad que viene a contracorriente del recuerdo. Puro silencio, que es el lado luminoso del olvido, porque todavía esconde, como un eclipse ignorado, la sorpresa irrevocable de las palabras que jamás se escucharán, porque han sido cegadas desde siempre por la premisa esplendorosa de su elipsis; y esto es lo que no han querido reconocer mis últimos émulos (Mauthner, Wittgenstein, el mismo Octavio Paz, Werner Hamacher y tantos otros). Tampoco se trata de lo místico inefable, porque la única experiencia sin nombre a la que siempre me he referido ha sido la simple constatación trivial de lo inmediato. Quizás Heidegger, como decíamos en aquel claro del bosque (*Freie der Lichtung*) del Yunque³ hace veinte años: aquella callada proximidad en la lejanía, aquella convocación sin palabras, "tan calladamente como cuando el tiempo temporiza, tan calladamente como cuando el espacio se extiende" —decía Heidegger sobre la poesía y sobre el estrépito del silencio (*Geläut der Stille* que la provocaba.⁴

3. Se refiere a *Sobre el tiempo de los signos*, págs. 33-34 y 266-267.

4. Se refiere a Martin Heidegger, *Unterwegs zur Sprache*, Pfullingen: Neske, 1959, págs. 30 y 215.

Sobre la poesía del pensamiento dijo que pensar era como acercarse a la proximidad de la lejanía (*In-die-Nähe-kommen zum fernem*).⁵

REFERENTE: También dijo: "Dondequiera que esa proximidad permanezca callada y sin nombre, donde quiera que se de su perplejidad más íntima, allí es donde más pura y profundamente se piensa... (La) poesía del pensamiento es un silencio elocuente. Corresponde a la más profunda esencia del lenguaje, que tiene su origen en el silencio. El pensador, que sabe a su manera del silencio elocuente, llega a ser poeta."⁶

CRATILO: Quizás Heidegger, a pesar de aquel mal rato del 1981;⁷ o quizás la cosmogonía del Gnóstico que enmendó a Hesíodo cuando propuso que el Olvido y el Silencio eran lo mismo. En efecto: habría de ser siempre el Abismo; el ilimitado Vacío del Caos y del Olvido eterno de Aión; eternamente previo a todo, y para siempre abismado en una eónica apertura indeterminada, de la que el tiempo mismo apenas sería una imagen fugaz, como acotaba Plotino. El Gnóstico añadió, sin embargo, que allí también habitaba el pensamiento, y que éste era el silencio. No basta, por eso, recordar, como Hesíodo y Paco Pepe,⁸ que Mnemosyne, Madre de las musas, sería la perentoria Memoria para tanta fugacidad irrecuperable y para tanta belleza. Para siempre ya estábamos abismados en un Silencio: que es el Pensamiento mismo. Por eso callé casi

5. Se refiere a Martin Heidegger, *Gelassenheit*, Pfullingen: Neske, 1939-1946, pág. 472.

6. Me refiero a Martin Heidegger, *Nietzsche*, Vol. II, Pfullingen: Neske, 1939-1946, pág. 472.

7. Se refiere a *Sobre el tiempo de los signos*, págs.15-31. Cratilo inició las conversaciones de entonces bajo protesta debido al llamado *affaire Heidegger*, y, particularmente, debido a la traducción y a la interpretación del fragmento B 50 de Heráclito que entonces calificó de caprichosa y disparatada.

8. Se refiere a Francisco José Ramos, *Estética del pensamiento*, Madrid: Fundamentos, 1998, págs. 34-40. *Pace*, Paco, que el que lo dijo fue Cratilo, y yo solamente copio.

siempre, y sólo articulé aquello que fuese la imagen y la unidad misma del pensamiento y de las cosas retratadas por los sonidos de las palabras en el tiempo: en el tiempo de los signos.

REFERENTE: Permaneciste en un abismo oracular. Por eso toda expresión también debería ser abismal: paradojas y antinomias, como las de Heráclito; los acertijos de Marcial; aforismos como los de Gracián y Nietzsche.

CRATILO: O que toda expresión sea el nombre exacto de las cosas; que la palabra sea la cosa misma, como decían Antístenes, Saul Kripke y Juan Ramón. A la sombra del silencio: sólo el signo indispensable de las cosas.

REFERENTE: Demostrarlas sin su nombre y apuntarlas con adverbios y pronombres esencialmente ocasionales como auspiciaba Husserl.

CRATILO: Consagrarlas como el pan de una transustanciación, y decir, llevándonos los dedos a la boca: este es el cuerpo de su esencia efímera.

NOTA: No sé si esta conversación continuará o si alguien más regrese desde el olvido. Hace veinte años logré convencer a algunos a que se reunieran en el Yunque en otra terraza ante un paisaje de palmeras de la sierra y de helechos arborescentes.

Eduardo Forastieri-Braschi

RAFAEL CALDERAS, EN LA ISLA DE LOS DESVELADOS

Una de las obras más importantes de la literatura del siglo XX en España es el libro de Rafael Calderas, *En la isla de los desvelados*. Este libro, publicado en 1958 por el Editorial Castalia, es una obra que ha sido objeto de muchas reseñas y críticas. El autor, Rafael Calderas, es un escritor español nacido en 1908 en Madrid. Su obra más conocida es *En la isla de los desvelados*, que trata de la vida de un grupo de personas que viven en una isla desierta. El libro es una novela que se divide en dos partes: la primera parte trata de la vida cotidiana de los personajes y la segunda parte trata de la historia de la isla. El libro es una obra que ha sido muy bien recibida por el público y la crítica. Es una obra que merece ser leída por todos los amantes de la literatura.

RESEÑAS

Este libro, publicado en 1958 por el Editorial Castalia, es una obra que ha sido muy bien recibida por el público y la crítica. El autor, Rafael Calderas, es un escritor español nacido en 1908 en Madrid. Su obra más conocida es *En la isla de los desvelados*, que trata de la vida de un grupo de personas que viven en una isla desierta. El libro es una novela que se divide en dos partes: la primera parte trata de la vida cotidiana de los personajes y la segunda parte trata de la historia de la isla. El libro es una obra que ha sido muy bien recibida por el público y la crítica. Es una obra que merece ser leída por todos los amantes de la literatura.

En esta obra, el autor nos muestra la vida de un grupo de personas que viven en una isla desierta. El libro es una novela que se divide en dos partes: la primera parte trata de la vida cotidiana de los personajes y la segunda parte trata de la historia de la isla. El libro es una obra que ha sido muy bien recibida por el público y la crítica. Es una obra que merece ser leída por todos los amantes de la literatura.